



**El Presidente Federal, Frank-Walter Steinmeier,
con motivo de la entrega del Premio de la Paz de la
Asociación de Editores y Libreros Alemanes a Amartya Sen
el 18 de octubre de 2020
en Fráncfort del Meno**

**El discurso del Presidente Federal fue presentado en la
Paulskirche por el actor Burghart Klaußner.**

Los pabellones de la Feria del Libro lucen abandonadas, la Paulskirche, casi desierta, el galardonado con el Premio de la Paz, en otro continente: verdaderamente estos son tiempos extraordinarios. Son tiempos que nos llenan de pesadumbre.

En estos tiempos no hay la normalidad. Sin embargo, es bueno que no dejemos de realizar esta ceremonia de premiación. El día de hoy honramos a una persona vinculada como ninguna otra con el concepto de la justicia global. La búsqueda de justicia y libertad no debe cesar y menos aún con la presión que implica la pandemia de COVID-19.

¡Quién mejor que el hoy laureado para ser el jefe de expedición de esta búsqueda! Al honrar a Amartya Sen honramos a un ciudadano del mundo, a un gran intelectual público, a una instancia moral.

Estimado Amartya Sen, para usted es inusualmente temprano y a pesar de eso, o quizá justo por eso, le deseo muy buenos días hasta Boston.

Cuánto nos habría gustado saludarlo personalmente en Fráncfort. No obstante, la pandemia de COVID-19 hace que esto no sea posible. Y así, hoy usted está tan lejos y a la vez tan cerca. Lejos, porque nos separan 6000 kilómetros y seis husos horario. Y cerca, porque sus ideas y visiones superan cualquier distancia, tanto entre los continentes como entre las culturas y las concepciones de la vida.

El mundo digital jamás podrá reemplazar el contacto personal. Sin embargo, nunca me ha complacido más el invento de las

videollamadas como el día de hoy. Estamos a la expectativa de su discurso con motivo de la entrega del premio.

El mismo Amartya Sen decía sobre sí mismo que había nacido en un campus universitario y que parecía que había vivido toda su vida en alguno; Cambridge, Delhi, Harvard, Stanford, Yale. Su primera cátedra la obtuvo en Calcuta a la edad de solo 22 años. En ese entonces algunos estudiantes indignados pintarrajearon un grafiti con una cuna en los muros de la facultad.

Amartya Sen es un académico por excelencia, pero su obra no se limita a la academia; al menos no en el sentido de algo abstracto creado desde una torre de marfil para una torre de marfil. Él quería ser comprendido. Asimismo, como científico no solamente deseaba comprender el mundo, sino que quería cambiarlo. Amartya Sen cambió el mundo.

Su obra se extiende a lo largo de seis décadas y abarca desde la teoría económica hasta la filosofía moral. Sus libros son bestsellers. Amartya Sen ostenta más de cien títulos de doctor honoris causa y en 1998 fue nombrado Premio Nobel de Economía.

Y ahora se le otorga el Premio de la Paz de la Asociación de Editores y Libreros Alemanes. Algunos observadores se preguntarán si a un galardonado con el Premio Nobel le sirve de algo esta distinción. A este respecto coincido con Carlo Schmid, a saber, que el Premio Nobel de Economía podrá ser el máximo laurel para expertos en Economía, pero el Premio de la Paz es el "máximo laurel ciudadano a la humanidad".

Este laurel ciudadano se lo otorgamos hoy a un filósofo que no desea ser él mismo un rey filósofo. En cambio, Sen quiere convertir a los gobernantes en "filósofos verdaderos y concienzudos"; en políticos ilustrados en pro de la libertad. Libertad que significa ser libre de hambre, de violencia y de opresión; libre para tener acceso a la educación, al conocimiento y al desarrollo personal.

Amartya Sen se manifiesta contra las desigualdades e injusticias de este mundo. Su índice de desarrollo humano no se limita a contemplar el producto interno bruto, sino que también tiene en cuenta el bienestar de las personas. Y es que, según Sen, "una sociedad puede ser un Pareto óptimo y todavía perfectamente repugnante".

Así pues, ¿quién merece esta distinción más que alguien que, independientemente de su brillantez intelectual, destaca sobre todo por su humanidad? De esta suerte, el Premio de la Paz honra a la persona de Amartya Sen y la persona Amartya Sen honra el Premio de la Paz. Y nosotros, aquí en la Paulskirche y ante los televisores en casa, nos alegramos de celebrar juntos este momento.

El que cada persona tenga el derecho a una vida autodeterminada, con independencia de su origen, su color de piel, sin importar su sexo o su orientación sexual; que todos tengan el derecho a acceder a la educación, a autorrealizarse y no por último, que el Estado y sus instituciones asuman responsabilidad; lograr justamente eso son las convicciones de Amartya Sen. Son las convicciones esenciales de un demócrata con el que coincido plenamente.

Amartya Sen influyó en generaciones de estudiantes, en colegas científicos; de hecho, influyó en quienes lo leían en todo el mundo. Sus textos también han ampliado mi percepción de la economía. ¿Cómo medimos el bienestar de una sociedad? ¿En qué consiste un buen desarrollo económico? ¿Cómo logramos alcanzar una mayor justicia a nivel global?

El llamamiento a una mayor justicia a nivel global se desvanece si no examinamos de un modo crítico nuestra propia forma de actuar. Alemania se beneficia de manera muy importante de la división internacional del trabajo. Las cadenas de valor de nuestras empresas se extienden por todo el planeta y estas empresas producen en todos los continentes. Nuestro bienestar depende del libre comercio internacional. Nosotros tenemos una gran corresponsabilidad para que haya un comercio internacional justo.

Sin embargo, nuestra responsabilidad va más allá. La justicia global entre el Norte y el Sur únicamente podrá lograrse si tomamos conciencia de los desequilibrios, de la asimetría de poder y de las dependencias mutuas. Y si actuamos acorde. En palabras de Amartya Sen: la justicia global solo será posible si "compartimos el mundo".

Aun hoy, todavía más de setenta millones de niñas y niños en todo el mundo tienen que trabajar para no padecer hambre. Son explotados en minas y canteras; tienen que trabajar en campos de algodón y de plátano. ¡Deberían estar en un aula!

Algunas prendas en nuestros almacenes también procedían de aquella fábrica de textiles en Dhaka en la que miles de personas trabajaban apiñadas en máquinas de coser en un espacio muy reducido. Ahí se produjo un incendio. Recordamos que la fábrica no contaba con una salida de emergencia. Más de cien mujeres fallecieron en medio de las llamas.

Dhaka no es un caso aislado. Dhaka representa las condiciones laborales a menudo inhumanas que reinan en miles de fábricas de textiles de Asia Meridional y de África. Dhaka es el símbolo de la mentalidad de usar y tirar y de descuido que rige en las metrópolis del Norte y que las personas de las metrópolis del Sur padecen con demasiada frecuencia.

En un mundo interconectado en el cual estamos vinculados muy estrechamente, como productores y consumidores, como contratantes

y clientes; en este mundo necesitamos normas para la globalización. Estas normas no son leyes divinas; son normas hechas por el ser humano. Si reconocemos que estas normas son injustas, ¿acaso no debemos cambiarlas?

En la sección cultural de alguna que otra publicación se comentó, respecto al ganador del Premio de la Paz de este año, que si bien la justicia global y la libertad eran temas muy válidos, en estos tiempos turbulentos el movimiento Black Lives Matter o las protestas contra el cambio climático podrían ser asuntos más urgentes.

Considero que aquí hay una equivocación, pues a Amartya Sen le preocupa precisamente algo fundamental y de especial urgencia. Cuando Sen habla de justicia social y ecológica para él en el fondo siempre se trata de lo mismo, es decir, la democracia. La democracia es para él el requisito para la justicia. Y la justicia es un requisito indispensable para la democracia.

La lucha contra la discriminación o contra la crisis climática, que es una amenaza para la vida, son, de hecho, cuestiones urgentes relacionadas con la justicia a las cuales nuestras democracias deben encontrar una respuesta. ¿Y no constituyen acaso estas cuestiones problemas elementales de justicia a los que precisamente la democracia puede dar una respuesta? ¿Qué otra forma de gobierno podría readaptar la justicia y volver a concertarla para todos, una y otra vez, bajo circunstancias siempre cambiantes?

Sen conoce las debilidades de la democracia. “La democracia” – señala– “no sirve de remedio automático” contra las injusticias. “La democracia es una vía para capacitar” a las personas con el fin de que aboguen por la justicia. Dicho con sus palabras: “Democracy isn’t an automatic remedy of anything. It isn’t like quinine to kill malaria. Democracy is a way of enabling”.

Los cientos de miles de jóvenes en las protestas contra el cambio climático, la enorme eficacia con la que llevaron el tema de la ecología al foco de la política son, en efecto, una muestra de cuánto capacita la democracia a las personas para defender sus convicciones e impulsar a la política.

La crítica, la oposición y las protestas son –más allá de los procesos institucionalizados– parte importante de la democracia y promueven la transformación social. Pueden convertir opiniones inicialmente minoritarias en corriente principal. No obstante, las protestas no sustituyen a las mayorías democráticas en el seno de las instituciones encargadas de la toma de decisiones. Ahí, la negociación entre intereses opuestos sigue siendo ardua y con frecuencia lenta. Los resultados con demasiada frecuencia son un compromiso y no siempre son satisfactorios. En efecto, la democracia no es perfecta ni nunca lo será. Es tan imperfecta como las personas que viven en ella.

Ahí radica el desafío de nuestra democracia: en la competencia entre los sistemas políticos ella siempre tiene que volver a demostrar si cuenta con las mejores respuestas a los grandes problemas de nuestros tiempos. Que es mejor a la hora de acabar con la discriminación. Que, en el contexto de la transformación ecológica, es mejor a la hora de lograr combinar ambos aspectos, a saber, hacer lo pertinente por el planeta y, además, salvaguardar la justicia social.

La democracia no nos libra de tomar decisiones equivocadas. No obstante, nos permite corregir errores. Ninguna otra forma de gobierno cuenta, en su estructura, con la posibilidad de autocorregirse y esta capacidad de autocorregirse reside en elecciones libres, justas, iguales y secretas.

Está en nuestras manos que la democracia se afirme en la competencia entre los sistemas. ¡Asumamos esta responsabilidad!

El lema de Fernando I, emperador del Sacro Imperio Romano, rezaba: "Fiat iustitia, et pereat mundus". ¿Justicia a cualquier precio, aun cuando el mundo perezca?

Amartya Sen es un pragmático de la justicia. A él no le interesa luchar por un mundo completamente justo, aun cuando hubiera un consenso respecto a cómo debería ser dicho mundo.

Amartya Sen admira la filosofía de la justicia de John Rawls por su brillantez teórica. Configurar un mundo justo detrás del "velo de la ignorancia", es decir, con independencia de la propia situación, parece atractivo. Sin embargo, Sen considera que esto no es ni practicable ni realista. Él quiere eliminar las injusticias concretas y evidentes en el aquí y ahora.

Su postura sobre la pertinencia de que haya más Estado o más mercado para lograrlo es totalmente racional y libre de ideologías. Para él lo importante es el resultado; él quiere saber dónde el Estado hace posible que las personas puedan llevar una vida autodeterminada. Dónde florecen la justicia y la libertad a partir de la responsabilidad del individuo. Y dónde es precisa la solidaridad, incluso más allá de las fronteras del propio Estado.

Estas preguntas nunca son abstractas y en las grandes crisis de estos tiempos se vuelven apremiantes y concretas. Sabemos que, contrario a como fueron descritas a menudo, las crisis nunca han sido el gran elemento igualador. Las crisis ahondan las divisiones. La pandemia de COVID-19 afecta a todas las personas y todos los Estados, pero no los afecta a todos por igual. El virus golpea con mayor fuerza donde la asistencia sanitaria carece de estructuras, donde la seguridad alimentaria es deficiente, donde reina pobreza extrema.

La pandemia de COVID-19 es una prueba de fuego para la solidaridad internacional y la cooperación a escala mundial en materia

de investigación y política. No hay ámbito en el cual esto se cristalice con mayor claridad que en la cuestión de la distribución de una vacuna a nivel mundial. La distribución justa a nivel global de una vacuna es tanto un interés propio bien entendido como un imperativo categórico. ¡Hagamos todo lo posible para que la humanidad supere esta prueba de su humanidad!

Según Sen la verdadera justicia tampoco existe sin libertad política y la libertad política no existe sin democracia. Lo uno no es posible sin lo otro. Por consiguiente, para él la democracia tampoco es un artículo de lujo para los países ricos ni solo un proyecto normativo de Occidente. Es un anhelo de todo el mundo y una promesa universal. También eso nos lo recuerdan quienes se manifiestan en las calles de Caracas, Minsk y Hong Kong.

El universalismo de la democracia y los derechos humanos fundamentales: estos son los pilares básicos de la filosofía de Sen. Es la esencia de un conocimiento vital que hoy vuelve a estar bajo presión.

Sen entreteteje los escritos del sánscrito con la historia del pensamiento europeo; vincula a John Stuart Mill con John Rawls, la Bhagavad Gita con Jürgen Habermas. Quiere mostrar que en muchos lugares del mundo existen conceptos relacionados de justicia, democracia y libertad.

Por tanto, la exigencia universal de los derechos humanos fundamentales no es un concepto occidental u oriental, europeo o asiático, alemán o indio, sino –y esto es importante para Amartya Sen– un concepto humano.

Hace setenta años se logró dotar esta esperanza de un fundamento a través de la Declaración Universal de los Derechos Humanos: "Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos". Los derechos de autor de esta frase no solo les corresponden a los europeos o los estadounidenses. No es un legado exclusivamente judeocristiano. Esta frase también fue escrita y aprobada por personas de África y Asia, por budistas, musulmanes e hindúes. Aun cuando esta promesa nunca ha existido de manera perfecta ni para todos por igual; a pesar de toda su imperfección, es un logro histórico.

No obstante, un logro no necesariamente es una garantía. En todo el mundo vemos indicios de que se están cuestionando los logros civilizatorios alcanzados y que se están violando compromisos vinculantes en materia de derecho internacional. Incluso en nuestra vecindad se están poniendo en tela de juicio principios democráticos fundamentales. Los derechos de libertad están siendo socavados, los medios de comunicación independientes y la justicia están siendo controlados por los Gobiernos.

Donde se erosiona la democracia se erosionan también los derechos humanos. Y donde se erosionan los derechos humanos se erosiona también la democracia. La democracia no muere en la oscuridad. Si acaso, muere en plena luz del día, ante los ojos de todos nosotros. Estamos viendo, de hecho, cómo se tambalea el orden internacional, cómo van avanzando las tendencias autoritarias y el nacionalismo a nivel mundial. ¿Queda, pues, alguna esperanza?

La respuesta explícita es: sí, y está en nuestras manos. En estos tiempos la pandemia nos mostró que nuestra democracia puede actuar ante las amenazas existenciales, y puede hacerlo de forma ágil, eficiente y potente. Y a la vez puede preservar la libertad. Lograr seguir manteniendo el equilibrio entre la seguridad y la libertad no es algo automático. Depende de todos nosotros.

La confianza, la sensatez, la diversidad, la solidaridad: estas son las fortalezas de nuestra democracia. Si seguimos apostando por estas fortalezas, entonces tendremos buenas razones para albergar esperanzas. Hoy, 75 años después del fin de la Segunda Guerra Mundial y al cumplirse treinta años de la Unidad Alemana, al menos los alemanes podemos afirmar con plena confianza: la democracia no ha fracasado en términos históricos. Son los enemigos de la democracia quienes han fracasado. Tomemos de ahí valor y esperanza.

En la inauguración de la Feria del Libro, David Grossman se refirió a la esperanza como una especie de ancla y afirmó que "cuando se echa el ancla, este se aferra al futuro".

Crear en el futuro y tener esperanza: también eso lo representa el Premio de la Paz. Y por ello honramos hoy a Amartya Sen.

Amartya Sen escribe prosa, pero ama la poesía. A menudo cita al poeta bengalí Ram Mohan Roy:

"Solo considera cuán terrible será el día de tu muerte. /

Otros seguirán hablando y no podrás contestar".

Amartya significa literalmente el inmortal. Ciertamente, sus visiones son inmortales y exigirán respuestas. ¡Trabajemos en ello!

Muchas felicidades, estimado Amartya Sen, por ser el galardonado con el Premio de la Paz de la Asociación de Editores y Libreros Alemanes 2020!